

ELOY BULLÓN

EL
CLASICISMO Y EL UTILITARISMO

EN LA

ENSEÑANZA

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID
EN LA NOCHE DEL 3 DE ENERO DE 1902



MADRID
IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1902

EL
CLASICISMO Y EL UTILITARISMO

EN LA

ENSEÑANZA

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID
EN LA NOCHE DEL 3 DE ENERO DE 1902

POR

DON ELOY BULLÓN Y FERNÁNDEZ



MADRID
IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1902

Señores:

Cuando resuenan todavía en este recinto los ecos de las discusiones mantenidas por la *Asamblea de Amigos de la Enseñanza*, podrá tal vez parecer superfluo el insistir de nuevo en la importancia de las cuestiones pedagógicas y hablar desde este sitio de los problemas con la enseñanza relacionados. Lejos, sin embargo, de suceder así, el mismo hecho de haberse terminado hace pocos días esa Asamblea pedagógica, es una de las razones que llaman la atención hacia los problemas de la enseñanza é invitan á que se les haga objeto de maduro y detenido examen.

Las cuestiones transcendentales y difíciles, y transcendental y difícil es, sin duda alguna, y hasta me atreveré á decir que de vida ó muerte para España, la cuestión de la instrucción pública, no se resuelven con las discusiones y entusiasmos de un día, seguidos luego de general desfallecimiento ó de glacial indiferencia. Es preciso que el estudio sea permanente, el propósito firme, la conducta tenaz y la intención noble y desinteresada.

Como en Alemania, después de sus desastres en las guerras napoleónicas; como en Francia, á raíz de las humillaciones de Metz y Sedán, se vuelven hoy los ojos en nuestra patria, después de las últimas catástrofes, á la educación nacional, considerándola como el único medio de recobrar la perdida grandeza y ocupar de nuevo un puesto distinguido entre las

naciones. No es poco que haya uniformidad de pensamiento al diagnosticar el mal que padecemos, y al señalar en líneas generales el eficaz remedio. Lo que importa ahora es no incurrir en lamentables errores al tratar de aplicarlo, y para ello nada tan preciso como investigar detenidamente, sin prejuicios ni apasionamientos, qué caracteres ha de revestir entre nosotros esa educación nacional que por todos se reconoce como necesaria.

Al Ateneo de Madrid, por su alta significación y carácter, incumbe muy principalmente llevar las luces de su ilustración y la madurez de su consejo al esclarecimiento de esa cuestión vital, no limitándose á ceder su casa con generosa hidalguía, como acaba ahora de hacerlo, á las asambleas que traten de esos asuntos, sino estudiándolos él mismo con decidido empeño.

En ocasión reciente, el Ateneo dió elocuente muestra de sus sentimientos patrióticos haciendo objeto de su estudio el grave problema del regionalismo; lo dió después dedicando su atención al examen de esa llaga social y política llamada gráficamente *caciquismo*, que España padece; nueva y oportuna ocasión de demostrar su profundo saber y su amor á la patria se le ofrece ahora estudiando, bajo todos sus aspectos, la cuestión de la enseñanza y señalando la dirección, el alcance y la forma que debe dársele en sus diferentes grados, á fin de que produzca resultados beneficiosos para el individuo y para la sociedad.

Animado por estas consideraciones, me he decidido á examinar ese difícil problema, bajo uno de sus más discutidos aspectos, con el único propósito de que otros más doctos que yo, al ver las deficiencias y defectos en que seguramente he de incurrir, se vean obligados á suplir aquéllas y corregir éstos con su talento.

I

El que atentamente considere el creciente interés con que se estudian ahora en todas partes las cuestiones pedagógicas, y las discusiones y debates que se suscitan, principalmente

acerca de la segunda enseñanza, que unos quieren ver suprimida y otros enaltecida y levantada hasta lo sumo, advertirá, como nota saliente, una tendencia marcada al utilitarismo, que no se contenta con menos que con tachar de frívolos é inútiles, ó relegar á orden muy secundario todos los estudios que no sean de carácter positivo y de aplicación inmediata á los usos de la vida.

Compréndese, aunque no se justifica ciertamente, esa tendencia al utilitarismo en la enseñanza al reparar en el carácter predominante del último siglo. Época de grandes y portentosos inventos en el orden material, en que el desarrollo adquirido por las ciencias matemáticas, físicas y químicas, y su aplicación á la industria, han transformado la faz del globo, alcanzando extraordinario impulso el comercio, gigantesco poder militar las naciones, interés excepcional las cuestiones económicas, y al mismo tiempo y como natural consecuencia, habiéndose aumentado las comodidades y los placeres, ha producido en el hombre un apego mayor al bienestar físico, inclinándole á considerar como de ninguna ó escasa importancia todas aquellas ciencias que, por sublime que sea su objeto, no crean directamente una utilidad material. Añádase á esto el positivismo que predomina en el campo filosófico, y mira desdeñosamente todos los estudios metafísicos y trascendentales, y se tendrá la explicación clara de ese espíritu utilitario que tan lastimosamente impera en nuestros días en muchos órdenes de la vida.

Pero ¿quién no ve lo absurdo y vergonzoso de esa ruin manera de pensar, indigna del hombre y de sus grandes destinos? El hombre es antes que nada un ser inteligente y moral, nacido para conocer la verdad, para amar el bien, para deleitarse en la contemplación de la belleza; el arte le brinda con sus magníficos ideales, la ciencia con sus destellos luminosos, la religión con sus verdades consoladoras y sublimes; la sociedad misma no es sino la prolongación de su ser para realizar fines tan altos y el campo de acción de su fecunda energía. Pretender, por lo tanto, excluir de nuestro estudio lo que hay de más grande y elevado, querer ahogar nuestras aspiraciones en la atmósfera de lo material y perecedero y lanzar el anate-

ma contra el legado glorioso de ideas y de creaciones artísticas, que nos dejaron las generaciones pasadas, es inferir una ofensa á la dignidad del hombre, un desconocimiento absoluto de su naturaleza. (*Grandes aplausos.*)

¿Y cómo no protestar, señores, de que ese espíritu utilitario se haya entronizado y defendido en nombre de los progresos maravillosos de las ciencias de aplicación? ¿Acaso esos mismos inventos y adelantos con que nuestra época justamente se envanecer no son la prueba más convincente de la superioridad de la inteligencia del hombre y de su excelencia soberana? Al acortar las distancias entre los pueblos los nuevos y rapidísimos medios de transporte, ¿qué consiguen sino favorecer la propagación de las ideas y de las conquistas de la razón? Al grabar y como eternizar en lo posible en el fonógrafo el pensamiento humano, ¿qué se manifiesta sino la aspiración constante del alma á lo eterno, á lo imperecedero, y su desdén por lo caduco y efímero? ¿Y qué otra cosa hacen el telégrafo, el teléfono y el cable submarino sino decir á los aires, á los elementos, á las olas encrespadas del Océano: retiraos, dejad paso á la palabra del hombre, al pensamiento radiante de luz y de armonía, á la civilización humana que va á tomar posesión del mundo? (*Aplausos.*)

Bastarían estas consideraciones para condenar desde luego la tendencia mezquina á lo utilitario, y el menosprecio de los estudios que antes que nada tienden al cultivo del espíritu, al conocimiento de las verdades inmutables de las ciencias superiores y de las hermosas creaciones de las bellas artes.

Sin embargo, los partidarios del utilitarismo en la enseñanza no se dejan convencer por estos razonamientos, ni les importa mucho que con la aplicación de su doctrina el hombre quede mutilado en lo más noble de su ser, antes, siguiendo el criterio de buscar en todo la finalidad inmediata y la utilidad positiva, desearían ver suprimidos todos los estudios de Humanidades, y especialmente por lo que hace á la segunda enseñanza, el de las lenguas muertas.

Todos los argumentos que contra el estudio de éstas se han formulado modernamente, se encuentran reunidos en un libro famoso titulado *La cuestión del latín*, que publicó el periodista

francés Raoul Frary en 1885 (1). El ideal pedagógico de M. Frary, como el de todos los que consciente ó inconscientemente han reproducido y reproducen sus ideas y argumentos, sería una educación que, haciendo caso omiso del latín y demás estudios semejantes que, á su juicio, á lo menos malo que pueden conducir es á perder el tiempo, formase ante todo industriales, comerciantes, ingenieros, militares, en suma, hombres que aumentaran la riqueza material de la Nación ó pudieran conservar y extender el dominio de ésta con la fuerza de las armas.

«Frary—decía ingeniosamente Leopoldo Alas en ocasión solemne (2)—recomienda las reformas en la enseñanza como puede recomendarse la pólvora sin humo, ó un método para movilizar un ejército. Así no es de extrañar que cuando llega á la famosísima cuestión del latín, ó sea del estudio de las lenguas clásicas, casi nos convenza perentoriamente de que sobran tales quebraderos de cabeza, como en efecto sobrarían y estorbarían si lo único que tuviera que hacer una nación fuera prepararse para una guerra incierta con los alemanes, ó con quien queramos suponer.» «Pero no es—añade el renombrado crítico—bajo esa preocupación guerrera, ni tampoco atendiendo principalmente al comercio ultramarino y á la emigración colonial, como pueden tratarse científicamente cuestiones tan graves y tan poco materiales como las que se refieren á los estudios propios de la juventud en un país muy civilizado.»

En esta cuestión del clasicismo y el utilitarismo en la segunda enseñanza se ha incurrido, á mi juicio, en lamentables errores y apasionamientos, como suele suceder en otras muchas cosas, por no precisar bien los términos del problema y no colocar éste en su verdadero punto de vista. ¿Acaso al reclamar preferente estudio en la segunda enseñanza para la lengua y clásicos latinos se pretende que queden por completo excluidas las ciencias físicas y naturales y aquellos otros conocimientos que se recomiendan por su carácter práctico y

(1) *La question du latin*, por Raoul Frary.—París 1885.

(2) *Discurso leído en la apertura del curso académico de 1891 á 1892 en la Universidad de Oviedo*.—Oviedo, 1891, pág. 15.

positivo? Nada menos que eso. La segunda enseñanza tiene como uno de sus fines dar una cultura general, en la que no pueden faltar esos estudios tan dignos de aprecio, sobre todo después de los progresos que han adquirido en nuestros días.

Es evidente, por otra parte, que los estudios clásicos no deben ser incluidos en los cuadros de asignaturas de las Escuelas elementales de Artes é Industrias, que tanta importancia han adquirido en nuestro tiempo, y hasta puede afirmarse que no habría inconveniente en suprimir el estudio de las lenguas clásicas de la preparación para algunas carreras que por su carácter extraordinariamente práctico y técnico tienen con ellas menos relación, y al mismo tiempo requieren largo aprendizaje, que, dada la brevedad de la vida (*ars longa, vita brevis*), quedaría sensiblemente menoscabado si se le hiciera preceder de un estudio detenido de los clásicos, aun cuando de suyo el conocimiento de éstos ningún perjuicio hubiese de reportar, sino, por el contrario, grandes ventajas.

Haya, por lo tanto, escuelas de Agricultura, Industria y Comercio, dotadas de material adecuado y profesorado competente, en las que se difundan todo lo posible esos conocimientos tan interesantes y se formen prácticos y técnicos no inferiores á los de otras naciones, que puedan dar impulso á la riqueza y prosperidad material del país. Establézcase, si se quiere, para las carreras técnicas una preparación especial, pero sólida y bien dirigida, en que, sin descuidar el estudio de los conocimientos generales y literarios, indispensables á toda persona culta, predomine el carácter científico y moderno. Pero por la adopción de estas medidas no queda resuelto el problema de la segunda enseñanza en toda su amplitud, ni siquiera en su aspecto principal.

Autes de pasar adelante he de conceder, llegando hasta donde es posible en la línea de las concesiones, que la importancia relativa de los estudios clásicos ha disminuido hoy en virtud del desarrollo adquirido por otros ramos del saber. Sabido es que hasta hace dos siglos los estudios clásicos constituían casi en totalidad la cultura general, y que no sólo las letras latinas, sino también la lengua y la literatura griegas eran

objeto obligado de estudio para cuantos aspiraban á poseer una instrucción superior.

En nuestros días las cosas han cambiado, y fuera de las carreras especiales de Historia ó de Letras, no es posible otorgar ya á los estudios clásicos la misma antigua amplitud, que redundaría en evidente perjuicio de otros conocimientos modernos no menos dignos de estima. De ahí es que, por lo que atañe á la segunda enseñanza, se haga necesario prescindir del estudio del griego, de utilidad menos general que el latín, y no tan relacionado como éste con las tradiciones históricas de los pueblos europeos.

Aun concretada la cuestión al latín, salta á la vista que su estudio no puede ya tener todos los fines por que se aprendía en otros tiempos. Durante gran parte de la Edad Media el idioma latino, no sólo era la lengua científica, sino también la oficial en que se escribían las leyes y los contratos, y hasta la del pueblo, aunque en una forma vulgar é incorrecta. Después, y hasta cerca del siglo XIX, sigue siendo la lengua universal de los hombres cultos, que en latín publicaban sus obras, siquiera fuesen de Matemáticas ó Medicina. Por eso el conocimiento del latín tenía entonces una utilidad especialísima que hoy no conserva sino para los individuos del clero y para los que cultivan determinados estudios.

Pero ¿de que el estudio de la lengua latina no tenga hoy la importancia que en otros tiempos se seguirá que ha perdido todo interés y que debe ser excluido de la segunda enseñanza? ¿No hay razones de carácter pedagógico y filosófico que exigen su conservación? ¿No lo reclama así el interés mismo de la patria y de la raza latina? Este es, señores, el punto de vista en que es necesario examinar la cuestión; bajo este aspecto Debe considerarse el problema, y si se llegase á demostrar, como intentaré hacerlo, que el estudio serio y racional de la lengua y de los clásicos latinos llena todavía importantes fines en la segunda enseñanza, y que de su conocimiento derivan grandes bienes para el individuo, para la sociedad y singularmente para las carreras literarias, quedará plenamente justificada su existencia.

He dicho el estudio *serio y racional* porque, de estudiarse el

latín en el breve tiempo y en la forma rutinaria y restringida con que actualmente se hace en los Institutos de nuestra patria, ningún bien podrá esperarse de él, y hasta me arrojó á pensar que su enseñanza hecha de tal suerte, antes que á aprenderlo, conduce á los alumnos á mirarlo con hastío y aborrecimiento.

II

Si para el esclarecimiento de esta cuestión tratamos de averiguar la doctrina de los principales pedagogos y sabios de nuestros días, encontraremos que casi todos están conformes en reconocer la suma conveniencia de que los estudios de la lengua y clásicos latinos formen parte de la segunda enseñanza.

El filósofo francés M. Guyau dedica un capítulo entero de su célebre obra *Education et hérédité* al examen de esta materia (1) y prueba en él largamente que el estudio de las lenguas clásicas es utilísimo para desenvolver armónicamente las facultades intelectuales de los jóvenes, afirmando que su utilidad en este punto en vano intentaría suplirse con el estudio de las Matemáticas, ni con el de la Historia. Otro tanto enseña el ilustre redactor de la *Gaceta de Moscou*, Katkof, portaestandarte en Rusia del clasicismo en la enseñanza (2). El insigne Dupanloup defendió también la misma doctrina en su notable libro *De la haute education*, donde hace ver con profundo sentido cómo el estudio de las lenguas sabias es un excelente instrumento de formación intelectual. Esta es asimismo la opinión de hombres tan distinguidos como Guizot, Thiers, el cardenal Newman, M. A. Caro, y la de Breal, Touillé y del ilustre pedagogo italiano Arístides Gabelli.

De pedagogos y sabios españoles podrían citarse igualmente numerosos testimonios favorables al clasicismo, desde Luis Vives que, en su magistral obra *De Disciplinis*, notaba ya

(1) *Education et hérédité, etude sociologique par M. Guyau.*—París, 1889, capítulo VI.

(2) Puede leerse su doctrina acerca de esta materia en la *Nouvelle Revue*, 15 de Julio de 1891.

la eficacia que tiene el estudio de los autores clásicos para desarrollar el entendimiento (1), hasta Balmes que, juzgando desde su periódico *El Pensamiento de la Nación* (2) las reformas de la enseñanza dictadas en 1845 por el primer Marqués de Pidal, aplaudía el que en ellas se hubiera concedido suma importancia al estudio del latín y de los clásicos, y desde Balmes al malogrado Leopoldo Alas, el ingenioso *Clarín*, que en el *Discurso de apertura* de curso, que leyó en la Universidad de Oviedo en el año 1891, refutaba la doctrina de monsieur Frary y defendía con erudición y elocuencia la necesidad de mantener el estudio de la lengua y clásicos latinos en la segunda enseñanza.

Nótese que todos estos testimonios tienen doble valor por tratarse de hombres versados en los estudios clásicos, y que por lo tanto han podido conocer perfectamente toda su utilidad, mientras que los escritores que impugnan la enseñanza del latín y de las Humanidades suelen ser, salvo algunas excepciones, personas dedicadas á la industria ó á las ciencias físicas, pero ayunas de sólida educación literaria y, por lo tanto, ignorantes de lo que es y significa la formación clásica que combaten.

Á pesar de esto, pueden citarse, y no aisladamente, sino en legión, los nombres de insignes matemáticos, físicos, químicos, ingenieros y naturalistas que en la obra de la educación y desarrollo de las facultades intelectuales conceden la palma á los estudios clásicos, y muy especialmente á los de las lenguas griega y latina, sobre los técnicos. Baste recordar las numerosas opiniones de sabios de Europa favorables al clasicismo, que recogió en un luminoso informe presentado al *Congreso internacional de Enseñanza*, reunido en Bruselas en 1880, el ilustre pedagogo ruso M. A. de Heesen, delegado de Tolstoi, para averiguar la manera de pensar de los hombres eminentes de las principales naciones europeas acerca de este

(1) Sed habeatur in studio delectus, ut prima cura sit circa verborum significatus et loquendi formulas, proxima circa intelligentiam auttiorum non tam in rebus, quam in sententia dicti; ut assuescat puer illorum sensa eruere, quæ obscure dicuntur ac perplexe, in quo exacuitur iudicium.—*De Tradendis disciplinis*, libro III. (Edición de Lyon de 1551, pág. 272.)

(2) Número del 22 de Octubre de 1845.

pleito entre la enseñanza clásica y la moderna. En dicho informe puede verse que la Asociación de Arquitectos de Berlín, los matemáticos y químicos alemanes Steinmann, Liebig, Wülner Kopp y Lincke; el director de la Sociedad industrial de Bohemia, H. Koristka, y H. Prof. Tilscher, rector del Instituto Politécnico de Praga; los astrónomos, ingenieros y matemáticos belgas Roules, Schmit, Andries, Le Roy y Stecher, no menos que otros sabios distinguidos de Holanda é Italia, son partidarios de las lenguas clásicas y reconocen unánimemente que su estudio es muy á propósito para la educación intelectual y moral de la juventud (1).

A estos votos podríamos añadir los no despreciables de Gladstone, que reconocía la necesidad de que florecieran los estudios clásicos; el de Wellington, que hablando de los colegios de humanidades solía decir: «Allí se ganó la batalla de Waterlloo», y el del mismo Napoleón I, que á pesar de su no encubierta ojeriza á los filósofos y literatos, á los que, como es sabido, llamaba desdeñosamente *ideólogos*, observó con profundidad que mientras las ciencias físicas y matemáticas eran tan sólo una aplicación parcial del espíritu humano, las letras constituían el espíritu humano entero, la formación general que prepara á todo, la educación del alma.

Pero ¿á qué seguir acumulando citas que serían interminables? Con las que quedan hechas bastará seguramente para probar que el reconocer la excelencia y provecho de los estudios de las lenguas clásicas no es Una opinión rara y desprovista de apoyo, sino, por el contrario, defendida con entusiasmo por los más ilustres pedagogos, literatos, hombres de ciencia y hasta por políticos y militares. Y cuando en tanta estima tienen los hombres eminentes este linaje de estudios, ¿no sera una prueba palmaria de ligereza el condenarlos sin ulterior examen, tachándolos de superfluos é inútiles?

Para detender el utilitarismo en la enseñanza, han invocado algunos el ejemplo de las naciones más civilizadas; pero, lejos de favorecer esa tendencia, lo que hacen los países que mar-

(1) Vid. *Revue d'Instruction Publique en Belgique*, año XXIII, página 285.

chan á la cabeza de la civilización y figuran en primera línea en el orden de la industria y del comercio, es conceder grande importancia á los estudios clásicos, y especialmente al de la lengua latina. Basta, para convencerse de ello, examinar la organización de la enseñanza en las principales naciones de Europa y América.

Y para citar sólo las más adelantadas, ¿cuál es en este punto la manera de obrar de Inglaterra, esa nación que se ha distinguido siempre por su tendencia á lo práctico y útil? ¿Qué espíritu informa los planes de enseñanza de Alemania, de la poderosa Alemania de nuestros días, que ya no es la tierra clásica de los sueños y de la metafísica, el país de las baladas y de las catedrales góticas, sino el imperio militar proclamado en Versalles, frío, calculador, industrial, que rompe istmos como el de Kiel para favorecer el comercio, y atiende con especial cuidado al fomento de la marina y de la colonización? ¿Qué piensa acerca de los estudios humanísticos Bélgica, la nación industrial por excelencia? ¿Por qué ideas se rige la segunda enseñanza en los Estados Unidos, cuyo espíritu positivo y utilitario no es preciso encarecer, puesto que ha pasado á ser proverbial y hasta digno de escarnio?

¡Ah, señores! ¡Quisiera yo que la elocuencia de datos irrefragables no viniera á confundirnos vergonzosamente al establecer comparación respecto á este punto entre nuestro sistema de enseñanza y el de esas naciones! ¡Quisiera yo que los hijos del Norte, descendientes de slavos y teutones, no vencieran en amor á las letras á los moradores del Mediodía, compatriotas de Séneca y Lucano! (*Aplausos.*) ¡Si al menos, ya que hemos perdido nuestras colonias y el poderío que un día ejercimos en el mundo, siguiéramos rindiendo culto al ideal y permaneciéramos fieles á nuestras tradiciones literarias! Pero, desgraciadamente, ni siquiera en ese aspecto podemos competir ya con las demás naciones, y á fe que bien caras estamos pagando las consecuencias.

En Alemania se da, como es sabido, la segunda enseñanza en tres clases de establecimientos: el *gymnasium*, el *realgymnasium* y el *oberrealschule*. Pues bien, solamente en estos últimos establecimientos no se enseña el latín, pero en el *real-*

gymnasium los estudios clásicos comparten la atención de los alumnos con los de otras ciencias, principalmente con los de lenguas vivas, y en el *gymnasium* predominan por completo, puesto que se dedican nada menos que *nueve* cursos al estudio del latín y del griego (1). A esto hay que añadir el número crecidísimo de diccionarios, gramáticas, comentarios y análisis de los autores antiguos y publicaciones latinas de todo género que anualmente ven la luz en Alemania, y que demuestran claramente el aprecio en que allí se tienen estos estudios.

Semejante al de Alemania es el florecimiento que alcanzan en Inglaterra los estudios clásicos, que ocupan un lugar preferente en la educación de su juventud; sabido es que Gladstone se opuso tenazmente á que se disminuyera el carácter clásico de los estudios de la segunda enseñanza, como habían pedido algunos periódicos, y la razón que para ello tuvo el famoso estadista la dan los mismos estudiantes ingleses que cultivan los estudios clásicos, los cuales, según refiere Mr Fritch en su obra *Lectures on teaching*, reputan como inferiores á ellos á los que, prescindiendo de las lenguas clásicas, reciben únicamente una formación técnica ó *moderna*. En el reino británico está muy difundido, entre las personas de regular cultura, el conocimiento del latín, y de ahí es que se

(1) Como prueba de que el estudio del latín y del griego en los *gimnasios* alemanes no se hace *pro formula*, sino seria y detenidamente, véase, por ejemplo, la lista de las obras traducidas durante el curso de 1899, en el Gimnasio gran ducal de Friburgo: Cuarto año: Virgilio, *Eneida*, libros I y II; Cicerón, *Catilinarias*, I y II; Tito Livio, XXI y XXII; Homero, *Odisea*, I, II, V, VI y IX; Jenofonte, *Anabasis*, III y IV,—Quinto año: Virgilio, *Eneida*, III y IV; Tito Livio, XXII y XXIII; Cicerón, *Pro Sexto Roscio Amerino*; Homero, *Odisea*, XXIII y XXIV; Herodoto, *Historias*, VI, VII y VIII; Jenofonte, *Helénicas* (un trozo importante).—Sexto año: Horacio, *Odas* y *Epos*; Tácito, *Germania* y extractos de las *Historias*; Cicerón, *Epístolas escogidas*; Homero, *Iliada*, I y VI; Sófocles, *Antígona*; Platón, *Apología*; Demóstenes, *Filípicas*, I y III.—Séptimo año: Homero, *Iliada*, IX, XI, XVI, XVII, XVIII, XXII y XXIV; Demóstenes, I, III, V y VIII; Sófocles, *Edipo*; Platón, *Apología* y *Protágoras*.—Vid. *Grossherzogliches Gymnasium zu Friburgo i. B. Jahres-Bericht, 1899*, págs. 12 y siguientes.—Lo mismo que del Gimnasio gran ducal de Friburgo podría decirse de los demás *gimnasiums* de Alemania; pero no es esto solo: en los mismos *realgymnasiums* los estudios clásicos tienen gran amplitud, puesto que en un solo curso se llega á traducir en ellos gran parte de las *Epístolas* y *Sátiras* de Horacio, y varios libros de los *Anales* de Tácito.—Vid. *Programm des königl. Realgymnasiums in Stuttgart, 1899*, pág. 41.

hagan allí frecuentemente preciosas y copiosísimas ediciones de los clásicos latinos para que puedan andar en manos de todos.

En Bélgica, no obstante lo mucho que se ha escrito en los últimos años contra la utilidad de las lenguas sabias, sigue el latín estudiándose con interés. Los principales sabios belgas creen que nada hay tan eficaz como los estudios clásicos para educar intelectualmente á los jóvenes, y así se vió que cuando Julio Verest publicó su libro *La cuestión des humanités* en favor de la enseñanza clásica, se apresuraron á adherirse á su pensamiento hombres eminentes de todos los partidos y profesiones.

Respecto de los Estados Unidos, baste decir que, siguiendo en este punto el ejemplo de Inglaterra, conceden mucha importancia en la segunda enseñanza al estudio de las lenguas clásicas, y también en la instrucción primaria consagran atención especial á los estudios gramaticales, hasta el punto de que éstos son, según Catton Grasby, «el suplemento de todos los demás y probablemente el fundamento de la facultad de fácil expresión y corrección en el discurso que se nota entre las masas del pueblo americano» (1). Por lo que á la lengua latina se refiere, no dejaré de decir que en mi mano he tenido muchas veces periódicos que se publican en latín en los Estados Unidos, y son redactados principalmente por alumnos de segunda enseñanza. Á esto hay que agregar un dato elocuente, y es que en 1876 se celebró en el *Franklin Institute* una reunión numerosa de ingenieros civiles y de minas, presididos por Mr. R. W. Raymond, en la que pidieron todos que se estableciera para las carreras especiales de aplicación una preparación clásica, igual á la que existía para las carreras propiamente literarias (2).

Según las cifras que constan en el *Report of the Commissioner of Education* (3), el número de alumnos que se dedicaron

(1) *Teaching in three continents: Personal notes on the educational systems of the World*, by W. Catton Grasby, pág. 69.

(2) *Journal of the American Society of Civil Engineers*.—Noviembre 1876.

(3) 1899-1900, vol. 1.º—Introducción, pág. LVI.

al latín y al griego en los Estados Unidos durante el último curso de 1899 á 1900, excedió del 53 por 100 respecto del total de estudiantes de la segunda enseñanza. Esto sin contar las Universidades, ni los Colegios, en los que se da también la segunda enseñanza, concediendo atención muy especial á los estudios del griego y del latín.

Mayor florecimiento aún que en estas naciones tienen los estudios clásicos en la enseñanza oficial de Austria, como puede verse en las instrucciones dadas en el año 1900 por el Ministro de Cultos é Instrucción pública de este país (1), según las cuales, el estudio del latín ha de comprender no sólo pronunciación correcta y ortografía, traducciones y ejercicios de memoria aprendiendo trozos selectos, sino también composición y conversación latina. De Francia me limitaré á citar un hecho digno de meditación, y es que en la información parlamentaria que acaba de hacerse acerca de las reformas en la segunda enseñanza, numerosísimos padres de familia han pedido enérgicamente, según refiere Gustavo Le Bon en la *Revue philosophique* (2), que se conserve á todo trance en la educación de sus hijos el estudio de las lenguas griega y latina, porque creen que el conocimiento de éstas les da cierto género de nobleza intelectual.

No he negar que en alguna de las naciones citadas existen periódicos y escritores que, dejándose arrastrar por la corriente utilitaria, característica de nuestro tiempo, combaten los estudios de las lenguas clásicas, pidiendo, si no su total supresión, por lo menos que se disminuya su extensión é intensidad. Pero ésta es la opinión de una exigua minoría, contrarrestada por las doctrinas de escritores distinguidos y por los excelentes frutos que ha dado hasta ahora el cultivo de los idiomas y escritores clásicos en la segunda enseñanza, cuando se ha hecho de un modo sólido y racional.

En vista de tal número de autorizados testimonios en favor del clasicismo y del ejemplo que dan en este punto las naciones más adelantadas, el hombre menos reflexivo reconocerá,

(1) Lehrplan und Instructionen für den Unterticht ans den Gymnasien en Osterreich.—Wien, 1900.

(2) Número de Septiembre de 1901.

seguramente, que, cuando eso sucede, será porque el estudio de las lenguas y autores greco-latinos reportan especialísimas ventajas á la juventud. Así es, en efecto, y no dudo que si se examinasen desapasionadamente y sin injustas prevenciones los bienes que esos estudios producen en el orden pedagógico, lingüístico, literario, científico y hasta social, no habría quien se atreviera á combatirlos por inútiles, aunque tampoco deba llamárseles *utilitarios* en el sentido que ordinariamente se da á esta palabra.

III

Se ha dicho que la segunda enseñanza tiene por objeto dar á los jóvenes la cultura general indispensable para que al conocer, siquiera de un modo somero, los diversos ramos del saber se despierten las respectivas vocaciones, y al mismo tiempo, á fin de que, antes de dedicarse de un modo exclusivo á los estudios superiores y especiales que han de constituir su carrera, aprecien en conjunto la unidad fundamental y la armonía de las diversas ciencias, con objeto de no incurrir en perniciosos desequilibrios. Pero hay que añadir que para que la segunda enseñanza realice de una manera perfecta la importante misión que le está encomendada, no debe limitarse á esto, sino que ha de atender muy principalmente á lo que entienden los alemanes por *formación*, á lo que Katkof y otros pedagogos denominan la *concentración*, á lo que yo me atrevería á llamar desarrollo armónico y completo de las facultades mentales. Y la razón es clara. Á fin de que los jóvenes, al salir de las aulas de la segunda enseñanza, resulten capaces de acometer con fruto los estudios superiores y puedan ocupar en su día un puesto entre las clases directoras de la sociedad, no basta que posean superficiales conocimientos, que se borrarán bien pronto de su memoria; es preciso, ante todo, que sus facultades intelectuales hayan llegado á conveniente estado de madurez, que sepan estudiar profundamente cualquier materia, juzgar con firmeza y precisión y pensar por cuenta propia; que sean, en suma, no meros *bachilleres*, ó

eruditos á la violeta, sino *hombres*, jóvenes de vigoroso temple de espíritu y hábitos de trabajo (1). Para conseguir esto es necesario escoger un ramo determinado de conocimientos aptos por su índole para el desarrollo ó desenvolvimiento armónico de las facultades mentales, é insistir y profundizar algún tanto en su estudio, aunque sin descuidar por eso otras ciencias y artes, sin cuya enseñanza no podría obtenerse una cultura que mereciera el calificativo de general.

De no hacerse esto, por muchas y peregrinas asignaturas que se enseñasen, la obra de la segunda enseñanza resultaría estéril é inútil; equivaldría á arrojar excesivas semillas que mutuamente se embarazasen, en un campo falto de cultivo y preparación adecuada; sería como cargar de pesadas y múltiples armas á un débil niño que, lejos de poder manejarlas, cayera abrumado bajo su peso.

Ahora bien, para obtener cumplidamente este importante objeto de la formación ó educación intelectual de la juventud, no hay nada tan á propósito como el estudio detenido y racional de las lenguas y autores clásicos, que por otra parte resulta inmejorable preparación para las carreras literarias. Así lo demuestran razones pedagógicas de todo género, así lo han confirmado los efectos excelentes conseguidos en la práctica.

Los estudios gramaticales, en primer término, dan precisión y exactitud á las ideas al mostrar el verdadero significado y valor de las palabras, y comunican certeza y sagacidad de juicio, haciendo ver la relación entre las diversas partes del discurso y distinguiendo en ellas lo que es principal y secundario, lo que puede omitirse sin perjudicar al sentido de la frase y lo que es indispensable para que ésta conserve todo su valor. Enríquese además el alumno con multitud de vocablos y, por lo tanto, de ideas nuevas, no limitándose á conocer uno de sus significados, sino ahondando en todos sus aspectos

(1) Para apreciar la alta importancia que conceden los alemanes á la *formación* intelectual, y el carácter que ésta debe revestir, puede consultarse la obra de Paulsen titulada *Geschichte des gelehrten Unterrichts*, tomo II, páginas 644 y siguientes.

y relaciones por medio del estudio de los sinónimos (1), de las raíces y de los prefijos y sufijos. Comprobando en ejemplos la exactitud de reglas que no son de suyo evidentes, sino que están fundadas generalmente en el uso, se adquiere espíritu de inducción y análisis, tan necesario para todo género de estudios, y al aplicar luego todo este caudal de conocimientos al examen de los autores clásicos, no limitándose en éstos al análisis gramatical, sino rastreando algo de sus bellezas artísticas, la inteligencia se vigoriza, el gusto se aquilata y se consiguen hábitos de trabajo. No hay que decir los beneficios que reporta el joven estudiante del comentario erudito de los autores antiguos, en cuyas obras, trajes, usos, armas, organización social y política, religión, todo es distinto de la civilización actual y, por lo tanto, su estudio sirve de lazo entre lo antiguo y lo moderno, de punto de comparación para esto y de tema excelente de traducción y análisis en que se ponen á contribución todas las facultades intelectuales. Por si esto fuera poco, aprendiendo trozos selectos de esos autores, maestros del buen decir y modelos permanentes de todas las literaturas, se aumenta la memoria y se nutre la fantasía de imágenes acertadas, de comparaciones hermosas, de pensa-

(1) Se comprenderá esto mejor al considerar que los sinónimos no son palabras inventadas caprichosamente, sino que obedecen á los diversos aspectos y significaciones que una idea ó un Objeto presenta. Es un hecho generalmente observado en los diferentes idiomas que en cada uno de éstos hay mayor número de palabras sinónimas para designar un objeto, según que éste ha estado en mayor contacto y relación con el pueblo de que se trate, haciendo, por consiguiente, que con el transcurso de los años hayan ido apareciendo nuevas palabras para designarlo, según los nuevos aspectos ó aplicaciones que en él se descubrían. Así, por ejemplo, el ilustre filólogo Kares advirtió después de paciente investigación, según refiere en su libro *Jahrbücher für Philologie* (1884), página 595, que en el sanscrito hay cinco palabras diferentes para designar la mano, once para la luz, veintiséis para la serpiente, veintinueve para la Luna y treinta y siete para el Sol; mientras que el árabe, habitador del desierto y en contacto con las fieras y el camello, tiene nada menos que doscientos vocablos para nombrar la serpiente, quinientos para el león, mil para su espada y *cinco mil ciento cuarenta y cuatro* para el camello. Y si esto puede decirse del idioma de un pueblo inculto, ¡cuánto más provechoso no será el estudio de los sinónimos en la lengua de una nación muy civilizada, observadora y rica en ideas, por ejemplo, en el griego y el latín? Véase, para no citar más que un caso, el perfecto conocimiento que se llega á formar de la idea de mando ó gobierno, cuando se examinan las diversas palabras con que puede designarse, *regere, gubernare, procurare, præesse, administrare*, etc. (regir, gobernar, cuidar, presidir, administrar, etc.)

mientos profundos, y, finalmente, en los ejercicios de composición gradual, que son los más provechosos, además de las anteriores ventajas que en ellos se dan como reunidas, se adquiere facilidad de expresión y hábito de discurrir por cuenta propia y de cuidar no sólo del fondo de las ideas, sino también de la forma de presentarlas.

¿Y qué decir de los nobles sentimientos de amor á la virtud, á la familia y á la patria que nacen en el tierno corazón de los adolescentes, al leer narrados y enaltecidos, en prosa tersa y elegante, por Salustio y Tito Livio, ó celebrados en versos armoniosos por Virgilio y Horacio, los admirables ejemplos de magnanimidad, de heroísmo, de virtudes cívicas que nos legaron las generaciones pasadas? ¿Cómo encarecer lo mucho que gana la juventud con esa educación humanística, y no utilitaria, que les enseña á admirar lo bello, lo verdadero y lo bueno, y á no mirar las cosas únicamente por el mezquino aspecto del provecho material? ¿Con qué palabras podrá expresarse el dulce solaz del espíritu al gustar las más exquisitas bellezas de las literaturas clásicas, cuyos recuerdos quedan grabados indeleblemente en el alma, y son á la manera de estrellas esplendorosas y de apacible luz, á las que se vuelven los ojos desde las arideces de la vida y el prosaísmo de los negocios? ¡Oh! ¡Con cuánta razón podemos aplicar al estudio de las lenguas y autores clásicos aquellas magníficas y hermosas palabras con que el Príncipe de la elocuencia romana ponderaba las excelencias de la literatura: *Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis refugium ac solatium præbent, delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur!* «Estos estudios, dice, nutren y alimentan a la juventud, agradan en la ancianidad, son ornamento en la próspera fortuna, consuelo y refugio en las adversidades, en todas partes agradan y jamás se apartan de nosotros, ni de día, ni de noche, ni en casa, ni en el campo.»

Se ha dicho, sin embargo, que las matemáticas, por su admirable trabazón y carácter rigurosamente científico, podrían suplir con ventaja á los estudios de las lenguas clásicas en esta magna obra de la formación intelectual. Pero sin negar

la excelencia de esos estudios, que merecen un lugar distinguido entre los peculiares de la segunda enseñanza, hay que reconocer que no son del todo aptos para el fin antes indicado, porque no cultivan sino una parte del espíritu y no la más necesitada de cuidados en la primera juventud, sin atender, en cambio, al desarrollo de la memoria y al cultivo de la fantasía. Además, las matemáticas son interesadas y de carácter áspero y poco ameno, no debiendo olvidarse, por otra parte, que, como ya observó Herbart, conducen menos de lo que ordinariamente se cree al desenvolvimiento de la inteligencia, porque se limitan, por lo general, á dar á conocer fórmulas y principios evidentes y demostrables *a priori*, ante los cuales el alumno desempeña el papel casi pasivo de dejarse convencer, al paso que los estudios gramaticales y las composiciones favorecen la iniciativa personal y comunican, según dije antes, espíritu de inducción y análisis al comprobar constantemente reglas y principios que no son de suyo evidentes

Á estas razones hay que añadir el hecho, repetidas veces observado, de que los jóvenes que se han educado en los estudios clásicos superan, en igualdad de condiciones, á los que han tenido una formación exclusivamente científica ó técnica.

Gastón Boissier afirma, en la *Revue des Deux Mondes* (1), que en la Escuela Politécnica de París los alumnos que han estudiado las humanidades vencen á los otros, aun en las especialidades ajenas al clasicismo.

Frery mismo declara terminantemente, combatiendo la bifurcación en los estudios de la segunda enseñanza establecida en Francia, que cuando los estudiantes se separan, para continuar los unos cursando humanidades y los otros las asignaturas científicas y técnicas, estos últimos quedan siempre á inferior altura que los humanistas. Idéntica afirmación hace el P. F. Gerard, en su libro *Education and School* (2), con referencia al colegio de Manchester, y Arístides Gabelli, en su excelente obra acerca de la *Instrucción pública en Italia*, asegura, aduciendo el testimonio de Cremona y Brioschi, direc-

(1) Tomo CVI, pág. 601, en el artículo titulado *Un enseignement nouveau*.

(2) Página 9.

tores de escuelas especiales, que los alumnos que proceden de los Liceos y, por consiguiente, han estudiado humanidades, si al principio quedan inferiores á los que sólo han hecho estudios técnicos, terminan por adelantar á éstos en los años sucesivos.

Si no temiera molestar demasiado vuestra atención, citaría yo aquí otro hecho que he observado con frecuencia, y es que las personas que han tenido, por razón de su carrera, una educación exclusivamente técnica, suelen mirar con afectado desdén los estudios de carácter literario ó filosófico, mientras que aquellas otras que han recibido formación clásica, aunque celebran la excelencia de sus estudios y de las ciencias filosóficas y morales, no por eso desconocen la marcada importancia de las ciencias de aplicación. ¿Qué prueba esto? Prueba, á mi juicio, cierto desequilibrio de espíritu, nacido de una especialización prematura.

También han afirmado algunos que la Historia ó la Geografía podrían servir de asignatura de *concentración* y sustituir para este objeto á las lenguas clásicas; pero se pierde de vista, al hacer dicha afirmación, que esas ciencias no cultivan más facultades que la memoria y la fantasía, y no fomentan la actividad personal del alumno, so pena de que se las diera una amplitud y un carácter crítico y de investigación directa en archivos y museos, impropios no ya de la primera juventud, sino también de la edad madura, en la mayor parte de las personas, y por añadidura imposibles sin poseer antes conocimientos de muy diverso género, entre los cuales no debería faltar el de la lengua latina, en sus formas vulgar y clásica.

No, señores, cavílese cuanto se quiera, no hay medio tan á propósito para conseguir la formación intelectual ó evolución armónica de las facultades mentales como el estudio, sólido y bien dirigido, de las lenguas y autores clásicos, y es porque, como observa profundamente Dupanloup, en su excelente obra ya citada, «hay que educar al hombre como tal, es decir, como ser inteligente, y la mejor manifestación de la inteligencia es la palabra; por eso estudiando la palabra escrita se ve en acción el pensamiento y se regula en nosotros su expresión».

IV

Se dirá tal vez que el estudio de los idiomas y clásicos modernos podría sustituir con ventaja al de los antiguos; pero aparte de que, como nota Guyau, las literaturas modernas son algún tanto errabundas y dominadas con exceso por la inspiración erótica, por lo que su estudio acarrearía no leve perjuicio en los primeros años de la adolescencia, hay que considerar que los clásicos modernos no enseñan tanto nuevo como los antiguos, que reflejan una civilización distinta de la actual y ofrecen, por lo tanto, un campo más amplio de trabajo, de análisis y de ejercicios racionales. No se olvide tampoco que un ser vivo no se presta á la disección y á la anatomía con la misma facilidad que un organismo muerto y no corrompido, como es el de las lenguas clásicas, en las que pueden estudiarse comparativamente sus diversas evoluciones desde la infancia á la madurez ó apogeo y desde éste hasta la decrepitud.

El latín, por otra parte, como vehículo principal de la civilización durante más de veinte siglos, tronco común de muchos idiomas modernos y llave que nos abre los tesoros de la docta antigüedad, tiene importancia especialísima, que en vano intentaría arrebatarle ningún otro idioma.

El imperio romano tuvo la alta misión de reunir y como fundir en su seno todas las naciones. Extendido desde el Támesis al Éufrates, desde el Ponto al Atlántico, trajo á su Panteón los dioses de todas las razas, recogió como botín de guerra los despojos de todas las civilizaciones, se asimiló el espíritu de todos los pueblos, tomando de los griegos el amor á las artes, la pompa y majestad de los imperios del Oriente, el fogoso arranque de númeridas y mauritanos, la valentía y pronto ingenio de los españoles, y hasta penetró en los bosques vírgenes de la Germania para sorprender las incultas pero honradas costumbres de los bárbaros, que Tácito nos describe con magníficas pinceladas. Por eso la lengua y la

literatura de Roma reflejan en cierto modo la civilización de todos los pueblos por Roma sometidos y dominados.

Y si todas las lenguas tienen cierto género de inmortalidad por contener el pensamiento humano, mucho más la había de tener la lengua latina, que era el eco y reflejo de toda la civilización del mundo antiguo. Así vemos que cuando los bárbaros del Norte, como despeñado torrente, se arrojan sobre el imperio y destruyen y arrastran cuanto encuentran á su paso, el latín sobrenada en aquel mar de destrucción y sigue siendo la lengua de vencedores y vencidos, atraviesa después la Edad Media y llega al siglo XVI, en que alcanza un nuevo período de renacimiento, que no hubieran despreciado Cicerón y Virgilio.

Había sido la lengua majestuosa en que Césares y Pretores dictaron leyes al mundo, fué luego la escogida por los sabios para expresar las luminosas verdades de la ciencia, y la Iglesia católica, al hacerla suya, la comunicó eternidad en el tiempo, como su duración é inmensidad en el espacio, elevándola hasta los cielos entre el rumor de los preces y el incienso de los altares, y adoptando su grave entonación para revelar á los hombres los misterios sagrados y los secretos de lo Alto. (*Grandes aplausos.*)

Por lo tanto, señores, si se admite que los estudios de las lenguas y autores clásicos son los más aptos para la formación intelectual y se trata luego de encontrar el idioma más digno de nuestro estudio, ¿cuál podrá ofrecer mayores títulos que la lengua de la Iglesia y del Derecho, de los Césares y los Papas, de Horacio y Tito Livio, de San Agustín y San Jerónimo, de la *Vulgata* y la *Suma Teológica*, la que es madre común del español, del francés, del italiano, del portugués y del vólaco, y ha sido, hasta no hace mucho tiempo, idioma universal de los hombres doctos?

Y aquí sería oportuno decir algo contra los que creen, ó dicen por lo menos, que defender el estudio del latín es *reaccionario*, si no fuera porque opinión tan extravagante más merece ser ridiculizada que combatida. No sé cómo pueden confundirse cosas tan distintas como son el estudiar una lengua y; una literatura clásica, pagana por añadidura, y eso de

defender el *oscurantismo*. Si algún mote hubiéramos de poner á los defensores de los estudios clásicos, ya que así lo quiere la frivolidad de nuestros días, más bien creo yo que debería llamárseles *liberales*, y muy liberales, puesto que dichos estudios, según queda demostrado, libran el espíritu de la ignorancia y vigorizan el entendimiento, enseñando á pensar por cuenta propia y no á remolque ajeno, sea de folletos de mayor y menor cuantía ó de *rotativos* de más ó menos grande circulación. (*Aplausos.*)

¿Y no han pensado esos señores que creen de buen tono y de abolengo *progresista* el combatir el estudio de la lengua latina que, si llegase un día en que el conocimiento del latín quedase relegado, como ellos quieren, á las gentes del clero, tendrían éstas en su mano, y nadie más que éstas, la llave de gran parte de la historia y la clave para interpretar importantes documentos? Y entonces ellos, *clerófobos* y radicales, ¿qué habían de hacer? Admitir una historia escrita por manos para ellos tan cordialmente aborrecidas, ó rechazarla, quedando sumidos en el verdadero *oscurantismo* de la ignorancia. (*Muy bien.*) ¡Ah, señores! ¡Qué grande es la insensatez humana, cómo enloquece la pasión y la mala fe! Por mi parte afirmo, y no creo que nadie desmienta mi afirmación, que si la Iglesia pudiera temer á alguien, antes temería á los Voltaire y Renán, versados en *latines* y teologías, que no á esa inculta grey de ignorantes *latinófobos* (sit venía verbo).

Dirigiéndose al Gobierno alemán escribió el griego moderno Alejandro Soutzo unas palabras notables acerca de la lengua helénica, que quiero yo recordar aquí porque, hasta cierto punto, pueden también aplicarse al latín y á los clásicos latinos. «La lengua griega — decía — está dotada de un singular privilegio, está penetrada por el soplo de la libertad; cada una de las letras que la componen es una bala que silba contra la tiranía». Y baste con lo dicho para tapar la boca, á los que se atreven á afirmar que es antiliberal y reaccionario el estudiar la armoniosa lengua del pueblo indomable que vengó á Lucrecia y creó el Tribunado. (*Aplausos.*)

Conviene no olvidar que el conocimiento del latín es indispensable para las investigaciones históricas acerca de los tiem-

pos medios, y utilísimo para el perfecto estudio del Derecho, de la Filosofía, de la Literatura y hasta para la Medicina y Ciencias naturales; de manera que su estudio, además de llenar un fin importante en la formación general de las facultades mentales, reporta grandes ventajas como preparación conveniente para el erudito, el filósofo, el jurisconsulto y hasta para el médico y hombre de ciencia.

V

Y si cuanto queda dicho es aplicable al estudio del latín en cualquier país, ¿qué diremos al considerar esta cuestión en lo que á España particularmente se refiere? Es evidente que el conocimiento de un idioma no puede ser perfecto, sólido y fundamental si se ignora la lengua madre de donde deriva. Por consiguiente, y descendiendo el castellano del latín, del que tomó no sólo el léxico, sino también las principales formas y procedimientos gramaticales (1), su estudio no podrá ser verdaderamente científico y profundo si no se hace también el de la lengua latina (2). Recuérdese que Antonio de

(1) Poco importa para el objeto que en el texto se indica que el castellano proceda del latín clásico, como antes se creía, ó del latín vulgar, como hoy se ha demostrado. El hecho es que procede del latín, porque *latino* es sin duda el *latín* vulgar, que, por otra parte, no puede conocerse sin el estudio del clásico, del que no difiere esencialmente.

(2) Se ha discutido recientemente sobre si el estudio del latín debe seguir ó preceder al de la lengua patria, y si convendría colocarlo, no al principio, sino en los últimos años de la segunda enseñanza. Á mi juicio, ésta es una cuestión secundaria y de escaso interés, siempre que se admita lo principal, es decir, que el latín debe estudiarse, y que debe estudiarse detenidamente. Si así se hace, no habrá gran inconveniente en que ese estudio se ponga al principio ó al fin de la segunda enseñanza; de todos modos, bueno es recordar á los que ya lo sepan, y advertir á quien lo ignore, que tanto la Comisión parlamentaria de Francia, como la Conferencia escolar de Berlín de 1900, desecharon por perjudicial y desacertado el proyecto de llevar el estudio del latín á los últimos cursos de la segunda enseñanza. En Alemania se está practicando este sistema por vía de ensayo, en el Gimnasio de Altona, en el Liceo de Goethe de Francfort y en algún otro centro de enseñanza; pero los resultados hasta ahora obtenidos no son tan lisonjeros que puedan justificar esa innovación, generalmente combatida por los hombres doctos, que creen que para conseguir los resultados apetecibles del estudio comparativo del latín con los idiomas modernos que de él proceden, el estudio de ambos debe hacerse al mismo tiempo, aunque sin confundir el uno con el otro. Así se hace en Francia, Bélgica, Ita-

Nebrija el autor de la primera gramática castellana, fué asimismo consumado latinista, y que todos nuestros más grandes castizos escritores han sido y son muy doctos en la lengua y literatura del Lacio.

Pero no son únicamente razones de etimología, no son tan sólo principios filológicos los que exigen que en España se cultive con especial esmero el estudio del idioma y de los clásicos latinos. Lo pide así nuestra historia, lo reclama nuestra tradición científica y literaria.

Ni bajo la dominación efímera de los cartagineses, ni bajo el poder de griegos y fenicios, alcanzó nuestra patria en los tiempos primitivos un grado importante de cultura y civilización. Debió ésta al pueblo romano, que extendiendo por los cuatro ámbitos de la Península el imperio de sus armas, y con sus armas sus leyes, y con sus leyes su idioma, y con su idioma su literatura, ganó para la causa de la humanidad y para el esplendor de las letras las tribus indómitas de carpetanos y vacceos, arevacos y lusitanos. España progresó rápidamente en la cultura y tuvo la gloria de que preclaros hijos suyos emulasen los méritos de Cicerón y Virgilio, y retrasaran por algunos años la iniciada decadencia de las letras latinas. No parece sino que las musas romanas, huyendo de los espectáculos de barbarie que daban á diario los Calígulas y los Neronés, se refugiaron en el suelo fertilísimo y en el cielo apacible de nuestra patria, porque españoles fueron Quintiliano el retórico, Séneca el trágico y el filósofo, el ingenioso Marcial, el erudito Lucio Floro y el cantor de César, el insigne Lucano. Español fué también aquel gran emperador, cuyo recuerdo se perpetúa en la columna Ulpia, y por si esto no bastase, en la misma Itálica *famosa*, cantada por Rodrigo Caro, en que Trajano nació,

de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas.

lia y hasta en Alemania, y así se ha venido haciendo en nuestra patria hasta las últimas reformas del Conde de Romanones, que ha trasladado el estadio del latín del primero al tercer año del Bachillerato.

La predicación del cristianismo no agosta en nuestra patria el florecimiento de las letras latinas, que cuentan todavía cultivadores tan ilustres como Paulo Orosio y Prudencio. Nadie ignora tampoco que durante la dominación goda y en los primeros siglos de la Reconquista el latín sigue siendo la lengua de España, y que en latín están escritas las actas de los Concilios de Toledo, las primeras crónicas, las leyes de castas, el Fuero Juzgo y las obras inmortales de Tajón y San Isidoro, Ramón Martí y Raimundo Lulio. ¿Y qué decir de nuestra grande, de nuestra riquísima literatura científica del siglo XVI, cuando humanistas como Ginés de Sepúlveda, García Matamoros y el Brocense, filósofos como Luis Vives, Fox Morcillo, Gómez Pereira y Suárez, juristas como Alfonso de Castro, Antonio Agustín, Domingo de Soto y Covarrubias, y teólogos como Francisco Victoria, Melchor Cano, Domingo Báñez y Luis de Molina escribían en elegante latín sus admirables libros, tesoros de doctrina, monumentos de erudición, honra y prez de nuestra patria?

Por consiguiente, y para resumir mucho en pocas palabras, si nuestro derecho deriva del derecho romano, si nuestra lengua descende de la lengua de Roma, y en ella están escritos los documentos de nuestra historia, las actas de nuestros Concilios y las obras principales de nuestros sabios, ¿qué español se atreverá á afirmar que el conocimiento del latín es inútil, ó á pedir que, desterrando su estudio de la segunda enseñanza, sea relegado á ínfimo lugar en la facultad de Letras, persiguiéndolo allí mismo con la burla y el escarnio? ¿Es que vamos á renegar de nuestras tradiciones, á maldecir nuestro nombre, á cegar las fuentes de donde mana la corriente purísima de nuestra literatura?

La historia es á las naciones lo que la conciencia á los individuos, y como un individuo sin la conciencia, sin el conocimiento de sus actos, estaría á merced de todos los vientos é impulsos exteriores, sin orientación fija, sin iniciativa personal, así andaría un pueblo que desconociera su historia, y así andamos nosotros sin rumbo, sin dirección propia, llevados á remolque de influencias extranjeras, viviendo de la imitación y del plagio. (*Aplausos.*) Á lo sumo recordamos de nuestro

pasado lo que halaga la vanidad y fomenta el orgullo; los nombres de Pavía, de Otumba y de San Quintín andan en boca de todos; pero entre tanto dejamos olvidar lo que enseña, lo que nutre el espíritu, las costumbres sanas, las instituciones provechosas, los libros de profunda y sabia doctrina.

Ha dicho un ateneísta ilustre que hay que *européizar* á España. Es verdad; retrasados andamos en muchos órdenes de la cultura respecto de las naciones más civilizadas de Europa; pero me inclino á creer que la causa íntima de nuestro atraso no tanto radica en falta de adaptación á lo extranjero como en olvido y falseamiento de lo propio. Se han socavado los cimientos de la nacionalidad; se han dejado morir instituciones venerabilísimas, antiquísimas, gloriosísimas; se busca con hidrópico anhelo lo exótico y peregrino de otras literaturas, desdeñando sistemáticamente las tradiciones científicas y literarias de nuestra patria; hemos llegado, señores, á tal estado de abatimiento, siguiendo esas tendencias perjudiciales, que, si hemos de engrandecernos, si hemos de vivir siquiera, pero con vida propia y no de prestado, ni con vilipendio, es preciso que empecemos por *españolizarnos*. (*Muy bien*) Paradójica es la frase, pero es verdadera; *hay que españolizar á España*, mejor diré: á los españoles de hoy.

No pido yo que volvamos los ojos á la tradición para petrificarnos en ella, sino para que nos sirva de sólido y nativo suelo en que edificar, y sea á la manera de aquel punto de apoyo que Arquímedes pedía para mover al mundo. No pido yo que nos rodeemos, como China, de una muralla infranqueable, que nos incomunique con la civilización de otros países, sino únicamente que no dejemos abiertas de par en par y sin vigilancia alguna las puertas del hogar patrio, para que penetren por ellas vientos pestíferos, mientras nos abandona el genio benéfico de la Nación, justamente quejoso de nuestro desvío.

La civilización:—dirán algunos—es cada día más universal, más cosmopolita. Es cierto; pero eso no implica que las naciones hayan de desaparecer, ni que deban despojarse siquiera de su fisonomía y peculiar carácter, como tampoco la

sociedad, al reunir en un fondo común las energías individuales, destruye, sino que, por el contrario, respeta y agranda la individualidad personal.

¿No habéis visto cómo el árbol, para que pueda vivir, crecer, tender al cielo sus frondosas ramas y revestirse de sazonados frutos y espléndido follaje, necesita absorber el jugo de la tierra, afianzarse en el suelo y extender sus raíces por las subterráneas capas? Pues así también nuestra patria, si ha de vivir, florecer y progresar en todos los órdenes de la cultura, precisa nutrirse de la savia del pasado, en lo que tiene de aprovechable, que es mucho, y cimentarse sólidamente en la tradición.

Y concretándome ahora al problema de la enseñanza, único objeto de este discurso, ¿cómo negar que en ese orden hay mucho que aprender y aplicar á los días presentes en las tradiciones gloriosas del tiempo de nuestra grandeza? Obra de españolización en la enseñanza es dar á la Universidad la necesaria autonomía para que pueda realizar cumplidamente su importante misión, como la realizaron nuestras grandes antiguas Universidades; obra de españolización en la enseñanza es difundir todo lo posible el conocimiento de nuestra historia, de nuestra filosofía, de nuestra rica é incomparable literatura; obra de españolización en la enseñanza es (y aquí concluyo, porque no quiero abusar más tiempo de vuestra bondad) dar á los estudios de la lengua y clásicos latinos toda la extensión é importancia que merecen en la formación intelectual de la juventud, y muy especialmente en la preparación para las carreras literarias. He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)